

# EL MUNDO ILUSTRADO

AÑO VII--TOMO I--NÚM. 2

MÉXICO, ENERO 14 DE 1900.

Director: Lic. RAFAEL REYES SPÍNDOLA.

SUBSCRIPCIÓN MENSUAL FORANEA, \$1.50  
IDEM IDEM EN LA CAPITAL, \$1.25

Gerente: ANTONIO CUYÁS.



*Señor General Don Felipe B. Berriozábal,*

*Secretario de Guerra y Marina.*

Nació: 23 de Agosto de 1827.

(Fot. Mora).

† 9 de Enero de 1900.

## EL GENERAL BERRIOZÁBAL

### LA VIEJA GUARDIA.

Ha muerto el General Berriozábal; traidora dolencia que minó sus fuerzas, sin remedio, púsole en breve tiempo, en los dinteles de la eternidad.

En la tumba del General Berriozábal se podría escribir esta sola frase, que sintetiza su existencia: "Cincuenta y tres años de servicios á la Patria;" ¡ni necesita más epitafio, ni más elogio necesita! Septuagenario, abrumado por la enervante carga de los trabajos que demandaba su puesto, llevando escrita en cada una de sus arrugas, una historia de sacrificio por el país; ese hombre se erguía, no obstante, incansable para la labor, desdenando sus viejas dolencias físicas, burlándose de su ancianidad, presto siempre á una reforma, manteniendo avisora la vigilancia de su complejo ramo gubernativo, ostentando por lema este lema: "nulla die sine labor."

La vieja guardia se va; mas su crepúsculo es más admirable aún que nuestras juveniles auroras. Hombres han sido los que la integraron y la integran aún, de vigores homéricos. Cuando caen, como en el divino poema iliático, sus armaduras retiemblan sonoras sobre ellos!

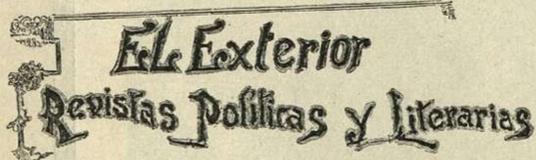
Las luchas de innarrables epicismos que sostuvo la patria, hicieron la selección de esa familia de guerreros que culminan hoy, encanecidos, como ingentes montañas. Quien pudo salir con vida de aquel hervor de fatigas titánicas, acrisolado surgió. Vigores caldeados en la hornaza de aquellas guerras santas de Intervención y de Reforma, no podían desmentirse después, y no se desmintieron.

Duerma en paz el buen soldado, el infatigable trabajador, el hombre honorable que como recordábamos ayer, en uno de los diarios, tuvo la entereza de morir, según sus propias frases, "como buen soldado: en su puesto."

Y, su puesto, fué el deber siempre cumplido, antes en los campos de batalla defendiendo la causa de la República y la Libertad, después en el alto puesto que se le confiara y que desempeñó con el más grande esfuerzo de buena voluntad.

Hace tres días, los honores militares que se le tributaron, no fueron una despedida, porque el nombre del General Berriozábal vivirá latente en el Ejército.

Duerme en paz el veterano. El cariño de los mexicanos velará su inmutable sueño!



1.—Alta justicia.—Francia parlamentaria.—Sueños de tiranías.—Reformas.

2.—Dos propagandas: panbritanismo y panislamismo.

3.—Impresiones boers.

I.—La alta Corte ha hecho en Francia con Derouléde, Guérin y Buffet, alta justicia; acaso habría sido preferible que hubiese hecho "justicia" á secas, sin epítetos. Todos lo presentíamos y cuantos escribimos sobre estas cosas, lo anunciamos. ¿No es cierto? Esta conspiración, que se reduce á tres conspiradores (los demás han sido absueltos), que casi no se conocían, iba á ser castigada no por un tribunal, sino por un partido. Lo ha sido duramente, la mano ha sido ruda; esperamos que se levantará pronto de encima de esas tres cabezas huecas. ¿Qué ha querido hacer la alta Corte? un escarmiento, claro.

El proceso en cuanto llegó á las partes concretas de la acusación, estuvo á punto de tornarse risible; resultaba que los testigos en que el Ministerio Público se apoyaba, eran más bien de descargo y resultaban favorables á los presuntos reos, y hubo que renunciar á sus declara-

ciones, no sin agravio de la defensa, que quería, con razón, aprovecharlas. La verdad es que el Ministerio Público estaba poco preparado para esto; parece que no estaba preparado para nada; contaba con el fallo de la mayoría del Senado, favorable á sus conclusiones, y lo demás resultó un vano aparato. ¿Y bien, el fallo es injusto en consecuencia? Ya lo dijimos, se trataba de un juicio político, y si todo es relativo, aun tratándose de justicia, cuando de política se trata se llega á lo relativo de lo relativo. Porque, ¿no es cierto, lectores, que si se hubiese tratado de un homicidio, probablemente habrían sentenciado lo mismo la mayoría del Senado que la minoría, lo mismo M. Fallieres que M. Derouléde? ¿Y no es cierto que si las elecciones hubiesen dado una mayoría en el Senado á los realistas, Buffet habría sido absuelto, y si á los "tapagenis" habría salido en triunfo del Luxemburgo, el poeta Derouléde? Pues eso es lo más relativo que puede hallarse. Estuvo mal pronunciada la sentencia, ¡oh! no; eso es otra cosa. ¿Quién creyó en la conspiración efectiva? Nadie. ¿Quién creyó en una especie de conspiración latente, que en medio de la efervescencia pública podía de súbito tomar las proporciones de una guerra civil? Todos. ¿Quién supuso evidente que en este caso podrían conjurarse fácilmente los estados mayores de los partidos militantes, para acaudillar la revuelta? Muchos. ¿Formaban los tres acusados la primera línea en esos estados mayores? Sin duda; mas en eso no se puede fundar una sentencia, si no han sido traducidas en actos, las intenciones por claras que sean, no caen bajo el dominio de la ley. En la sentencia se hará una composición de indicios y conatos, bastante débiles, á fe mía, para fundarla. Pero la dureza de la pena: diez años de destierro ó de reclusión en una fortaleza, ¿en qué se fundará? Esa pena es como el lucro usurario, que sube en razón del riesgo que el prestamista corre de no recuperar su deuda; la pena está en relación con el peligro que corría la República; de eso sólo son jueces los franceses, los senadores, los políticos; nosotros nos excusamos.

La República en Francia, no corre en realidad peligro más serio que el de las incurables discordias entre los republicanos; la voz que ha resonado en la casa mortuoria del gran León Gambetta, llamando á la unión, debería ser escuchada. Deberían sumarse los partidos en dos grupos solos: el liberal y el socialista, con su grupo moderador intermediario, y entonces sí funcionarían normalmente las instituciones parlamentarias; si éstas han tenido en Inglaterra vida tan sana y robusta, consiste en que la oligarquía reinante hasta hoy, se dividió desde su origen, en dos partidos, que, perfectamente organizados para el gobierno, se pueden turnar normalmente la dirección de los negocios del país. Ahora estos partidos están profundamente modificados: el elemento irlandés, un elemento de protesta y de repulsa á todo lo británico, inconsideradamente incluido en el Parlamento nacional (era el error formidable que Gladstone quería reparar con el "home rule" ó autonomía de Irlanda) ha sido la levadura que ha hecho fermentar, descomponerse y trastornarse á los viejos partidos, mientras la inevitable extensión creciente dada al sufragio popular, prepara la disolución definitiva de la aristocracia en una democracia industrialista é imperialista, esa de que precisamente Mr. Chamberlain quiso ser el portabandera y que, por una de las más audaces evoluciones de que hay recuerdo en la historia política de nuestro siglo, convirtió en el ala izquierda del partido conservador, logrando á un tiempo deshacer el partido liberal histórico y desorganizar el antiguo "tory" ó conservador, que hoy se llama "unionista." Mas sea lo que fuere, estos partidos nuevos ya tienen la tradición y el núcleo de partidos gubernamentales, y eso hace posible el parlamentarismo inglés, lo repetimos.

El parlamentarismo en Francia no es el gobierno del parlamento, es su omnipotencia; un gobierno significa la acción perfectamente definida de un órgano limitado á su función, y eso no es allí el parlamentarismo. En Inglaterra puede serlo, mas no lo es; la opinión se lo impediría. Es verdad que en las grandes crisis sociales el parlamen-

to inglés no conoció trabas y legisló sin empucho, sobre asuntos religiosos, y decreto credos y dogmas y persiguió atrozmente la libertad de conciencia; mas no juzguemos á las instituciones en las épocas críticas, sino en las normales, para encargarnos, no de su potencia, sino de su resistencia. Es verdad que la omnipotencia de una asamblea, heredera y perfeccionadora del absolutismo de Richelieu y Luis XIV, pudo salvar á la Francia revolucionaria, de ser ahogada en su cuna por la Europa coaligada; pero es verdad también, que estas tiranías de las asambleas, producen las anarquías y las dictaduras terribles si gloriosas, de los Cromwells y los Napoleones. El parlamentarismo, considerado como el poder ilimitado de una asamblea que tenga á sus pies el poder ejecutivo y el judicial, no es un gobierno normal.

El parlamentarismo importado, como en Francia, encontrará para funcionar hoy normalmente, esta dificultad suprema: fué inventada la máquina por una aristocracia y para una aristocracia; la marea democrática rompe y sumerge estos mecanismos complicados y finos. En Francia, por eso, pudo haber un régimen parlamentario, cuando, en pos de la tiranía napoleónica, surgió la dominación de la oligarquía burguesa, obra de la Revolución. Bajo los Borbones y Orleans, de 1515 á 1848, esa oligarquía reinó y hubo una época honrosísima y fecunda de parlamentarismo. Pero entonces la democracia era una vaga aspiración de las masas, una prédica mística de los Lamesmais y los Lacordaire y los Leroux ó un fantaseo de noveladores como Eugenio Siie ó Jorge Sand. Hoy no, hoy la democracia, la multitud lo invade todo con su gran marea, y como la asamblea nace de ella y ella ni sabe ni puede contenerse, de ella proviene una dictadura colectiva, no un gobierno, lo repetimos.

¿Qué remedio á este mal grave? Desde aquí nos parece (ya lo dijimos en una de nuestras "revistas," y á riesgo de errar en nuestro papel de entrometidos, que tiene un encanto especial é irresistible para los "revistas,") nos parece que lo mejor sería una reforma de este género: sacar la elección del Presidente de manos del poder legislativo y darla á los Municipios, á las Comunas de Francia; este elemento electoral tiene la ventaja de estar constituido de antemano, de poder funcionar instantáneamente, á impulsos de una convocatoria del Poder Ejecutivo, del Gabinete; de ser el escogido del poder municipal, el más popular de los poderes populares, el de más tradición histórica, el más genuino de todos; se evitará así la elección directa del pueblo, difícil de organizar "ad hoc," sin graves peligros, y que haría al Presidente hijo de un plebiscito, base fundamental del cesarismo, porque quien reúne en sus sola persona el voto de una nación, se cree superior á todos los otros poderes constituidos, de donde dimana irresistible tendencia á la dictadura, que si es del orden militar, como suele, resulta un gobierno personal, un cesarismo.

Eso es lo que quisieran Derouléde y amigos; eso es lo que secretamente ansian muchos, en eso sólo creen y esperan, cuando expresan con hiperbolismo cómico, su horror por el gobierno parlamentario; en ellos es, no lo dudo, un acto de patriotismo: "Cesar, c'est la revanche;" por lo menos es la invasión. Y como no hay "revancha" posible, sin alianza, y como no hay alianza posible para quien provoque una guerra, y como jamás provocarán los alemanes una guerra sin objeto, resulta que un caudillo militar al frente de una República de guerra, es uno de los sueños más insensatos que imaginarse puedan, una pesadilla "egri somnia."

Pero la reforma no debe limitarse á substraer de la elección y, por ende, de la tutela del Parlamento, al Jefe del Estado; debe al mismo tiempo hacerse no irresponsable como un monarca, como lo es hoy, sino responsable juntamente con sus Ministros, que en este caso pasan á ser verdaderos Secretarios del Presidente, dejándolos casi fuera del alcance del Poder Legislativo, como en los Estados Unidos, como en nuestra constitución. Así la tiranía minuciosa de los representantes del pueblo que hoy se jerce por medio del asedio constante de los Ministros, que tienen que rendirse á las exigencias de sus amos, que los pueden hacer y

desahacer á su antojo, cesaría, y cesaría sí el más grave de los inconvenientes que en país latino, sobre todo, puede tener la institución parlamentaria. Si hecho esto se constituye un poder judicial soberano, en los límites en que lo serían los otros dos poderes, verdadera, única base de cuanto organismo político crea tener por objeto el respeto al derecho, un poder judicial soberano é independiente por medio de la inamovilidad, entonces el gobierno parlamentario en Francia, habrase trocado en representativo y vivirá y con él perdurará la República.



2.—Puede ser que haya pasado bajo vuestros ojos la reproducción de un "entrefilet" del "Sun" de Londres que en el mismo número en que anunciaba la derrota de Sir Redvers, en las márgenes del Fugela, proponía con la seriedad con que los ingleses dicen sus bromas, un plan de división y distribución de Francia que se verificará dentro de diez años: todos los pueblos que rodean á Francia atraparán su buen pedazo; quién la Champaña, quién la parte septentrional, quiénes la meridional, y la Isla de Francia con París en el centro, los ingleses. Este es un chiste; á él respondieron los franceses con la repartición en programa del imperio británico: no sé si daban Londres y su distrito á los transvaalios, pero sí concedían el país de Gales á los Chinos, dejando la punta carbonífera de Cornwall, el "Lond'sorend," al príncipe de Gales, en recuerdo de Santa Helena.

La verdad es que el odio intenso de los ingleses por Francia, en estos momentos sólo puede compararse al de Alemania por los ingleses. Estas pasiones con las que, naturalmente, nada tienen que ver los gobiernos que continúan en las más correctas, si no cordiales relaciones, á la larga, si no perduran, imprimen un cambio en la dirección de la brújula política. Los britanos, sea dicho en honor de la verdad, se han mostrado en los últimos acontecimientos, admirables de sangre fría y de dominio de sí mismos; nada de tempestades de ira contra el Gabinete ni contra los generales, críticas fuertes pero moderadas, y emplazamientos de la opinión á los responsables para ajustarles cuentas cuando la guerra haya concluido. No hay que fiar, por supuesto; una multitud es en todas partes el mismo animal feroz, cuando sus pasiones se exacerban, lo mismo latina que sajona; más válvulas de desahogo tiene quizás en sus vociferaciones delirantes la multitud latina, y no ha pasado mucho más de un siglo desde que la presión de las masas exasperadas en los comienzos de la guerra de Siete Años, obligó á un tribunal á condenar á un gran soldado inocente, al Almirante Bing, que fué ejecutado al pie del palo mayor de un buque de guerra, á pesar de los esfuerzos que hizo para salvarlo, Chatham, exponiendo su inmensa popularidad.

La actitud de Alemania ha conmovido á Inglaterra; que la soñada alianza con el imperio no lleva traza de realizarse pronto, á pesar de los anuncios del costoso ministro de las Colonias. Y todo el mundo piensa en la única, en la verdadera, en la natural alianza con los anglo-sajones de América, para repartirse el imperio, ya que no la propiedad del mundo extra-europeo. Esto es lo que se llama el "pambritanismo;" pero tiene sus inconvenientes que en un estudio concienzudo exponía una excelente revista europea de que tomamos estos breves datos. El panbritanismo tiene por base la doctrina de "la Mayor Gran Bretaña" como dicen allá del "imperialismo," como se dice ya en todas partes. Es la opinión dominante en todas las naciones heridas en su sistema nervioso por el industrialismo á todo trance y el anhelo febril de riqueza, es un caso gigantesco de megalomanía nacional. Ahora bien, el imperio, se han preguntado algunos soldados ingleses ¿tiene cuenta á los ingleses? El imperio para las clases populares es una gigantesca y flamígera decoración de guerra, de victoria y de abundancia. Para la oligarquía es un mecanismo político combinado en provecho de sus privilegios, como lo es todavía la constitución inglesa. Para los mercaderes es la explotación privilegiada de los mercados coloniales con exclusión de todo elemento extra-sajón, es un formidable y maravilloso "bussiners." El eminente repúblico Ch. Dilke es el propugnador del imperio militar, y para realizar su propósito, hace una vigorosa censura de las otras dos for-

mas del imperialismo; imposible le parece la forma política.

Un parlamento imperial en Londres, se compondría de una minoría colonial y una mayoría inglesa, y entonces ¿para qué les servía á las colonias y por qué habían de aceptarlo? Sería acabar con sus sendas autonomías sin compensación alguna. Probablemente un imperio político traería á la larga la supresión de libertades políticas, que era lo que preveía y deseaba el célebre historiador Froude: "la Oceana-unida ("United-Oceana") debe ser gobernada como un navío de guerra" entonces había que borrar la divisa de Lord Beaconsfield adoptada por los conservadores: "imperium et libertas;" no; ó imperio ó libertad.

Y si el imperio político no es posible, menos lo es el comercial; cuál puede ser la base de este sindicato, de este "trust," de esta federación aduanal de intereses mercantiles? El libre cambio, el "free trade," es una especie de dogma económico para los ingleses. Verdad es que algunas Cámaras de Comercio han pedido tarifas protectoras contra la azúcar importada de los países en que esta industria tiene primas, "porque permitiendo esta entrada libre, dicen, creamos la más loca de las protecciones, la de las industrias extranjeras." Pero estas tarifas no podrán decretarse aunque el señor Chamberlain se empeñe; un derecho sobre efectos de primera necesidad tendría por consecuencia el levantamiento de los proletarios; Inglaterra está provista, en gran parte, de víveres, por sus colonias; trigos de la India y el Canadá; lana y manteca de Australia, té de Ceylán, azúcar de Mauricio y Jamaica; el día que estos artículos suban por efecto de una tarifa, hay un cataclismo en Londres; y ríanse ustedes de los tumultos latinos.

Pues bien, si Inglaterra es libre-cambista totalmente, fatalmente son proteccionistas las colonias; porque las colonias apenas tienen rentas interiores, apenas pagan otros tributos que los municipales y sus presupuestos, por ende, son eminentemente aduanales, luego necesitan tarifas protectoras; ¿y qué unión aduanal posible hay entre libre-cambistas y protectores? El imperio mercantil es un sueño.

El militar, si que es realizable, dice Dilke; una flota inmensa y un gran ejército formados á prorrata entre la metrópoli y las colonias y es nuestro el mundo; allá va el comercio do va la bandera.

—Pues esto, contestan los buenos ingleses de la vieja cepa, muy egoistas y muy prácticos, es otro sueño, es el peor de todos. En primer lugar no es cierto que la expansión comercial esté en razón directa de la expansión armada. Y aquí entran los números y la estadística para fundar comparaciones: en 1883 el imperio contenía 305 millones de habitantes distribuidos en un área de 7 millones de millas cuadradas; en 1897 contenía 133 millones de habitantes en una superficie de 11 millones de millas cuadradas. Pues bien en 83 la Gran Bretaña exportaba 305 millones de esterlinas, en 97 exportó 294, al cabo de una baja constante; después de adquirir Egipto, parte del Níger, la costa de los Somalis, Socotora, los países de los Zechuanas y los Zulús, el Africa Oriental y Central, etc., etc., resulta que las exportaciones han bajado de 6 libras 17 chelines por cabeza, á 5 libras 17 chelines. Y no sólo, sino que se ha notado que en las numerosas adquisiciones inglesas el comercio extranjero aprovecha más que el británico, como ha sucedido en Egipto con el comercio alemán y el belga. Y es que Inglaterra comercia más con el extranjero que con sus colonias. Por consiguiente, no es cierto que el comercio siga la estela del navío de guerra; el imperio militar es inútil. Es inútil y es imposible, porque requeriría un gran ejército y el servicio obligatorio, por consiguiente, en la Isla, nadie lo soportaría. El ejército inglés se compone de la aristocracia en la oficialidad y del pueblo ínfimo en la tropa; las clases medias desde los banqueros hasta los operarios de las fábricas detestan el servicio militar, que, además, arrancando el obrero de su industria en el mejor tiempo de la vida, acarrearían la inferioridad industrial en Inglaterra, como ha sucedido en Francia. Y dejemos, por ahora, este capítulo.



Mientras buscan los europeos el modo de dominar el mundo asociando razas, los asiáticos se disponen á presentarles resistencia terrible aso-

ciando religiones. Tal es el caso del islamismo que evidentemente tiende á unificarse en una acción común cimentada sobre su Biblia, el Korán. Esta coalición de los musulmanes contra los cristianos se dirige á la reconstitución del Kalifato, que pretende ejercer el Sultán de Constantinopla Abd-el-Hamid, lo que habría logrado ya, si no fuese porque, según las tradiciones islámicas, sólo puede ser Kalifa quien pertenezca á la familia del profeta y el emperador turco no participa de este divino privilegio; el Sultán de Marruecos, si es, sin embargo, como el Cherif de la Mecca, que también es de la familia de Mahoma, ha consagrado unir á Abd-el Hamid y hasta cierto punto lo reconoce como Kalifa, es decir, como jefe de todos los creyentes, ya hay mucho camino andado.

El panislamismo procede, en primer lugar, ensanchando su área de propaganda; esta religión, como la cristiana, ejercen sin cesar el proletarismo y, no hay duda, que en el Africa entera, hasta en el extremo Sur del continente negro, en la India y en China han hecho en todo este siglo muchos más prosélitos que los cristianos; de las religiones morales, es decir, que tienen por fundamento la obligación de la sociabilidad, el islamismo, inferior teóricamente al cristianismo, le aventaja en la facilidad de acomodarse mejor al temperamento de las razas cálidas; siempre producirá mayor sensación entre los negros el paraíso de Mahoma, lleno de hurís, de aves, de flores y de agua fresca, que el "santo-santo-santo que muere y renace eternamente en el éxtasis perenne de los cielos." (Chateaubriand.)

Los panislamistas se organizan ensanchando sus asociaciones ó cofradías religiosas sin cesar; es probable que en los principios del siglo próximo no haya un solo mahometano del Sultán abajo que no esté afiliado en una de estas órdenes monásticas que calientan y recalientan el ardiente fanatismo de los sectarios. El punto de intersección de todos estos afiliados, que abundan en grandes grupos, hasta en el corazón del desierto africano, es la Mecca; ahí se ven, se entienden, se cambian palabras de esperanza, y consignas de acción. Por eso las peregrinaciones á la Mecca á pesar de todas las protestas, de todos los consejos de salubridad, van siendo cada día más crecidas y con más ahinco organizadas. . . .

Hay algunos hombres tenazmente optimistas en Europa que, con todo el desalentador espectáculo que presenta la guerra del Transvaal sucediendo á la conferencia de la Haya, persisten en creer en la posibilidad de una federación europea; creo en ella á pies puntillas; creo que el día que los chinos ó los árabes puedan proporcionarse el modo de fabricar grandes cañones como los que funcionan en Colenzo y en Lady Smith, los europeos tendrán que federarse, pero no para la paz, sino para defenderse como los bóeros. . . .

3.—Y yo os quería hablar de los bóeros, de las impresiones de un prisionero bóero, mis lectores. Pero el espacio me falta y el fastidio os sobra. Lo dejaremos para mejor oportunidad; veréis al conocerlas, como una de las mayores verdades que los sociólogos han dicho es ésta; que el secreto del valor moral (tanto vale decir social) de un pueblo, consiste en la educación del carácter, y que entre un pueblo de un gran carácter y otro de una gran ciencia, triunfará siempre el primero, en igualdad de condiciones de población y recursos. Ese es el rumbo verdadero de la selección, es decir, del progreso y la civilización.

Justo Sierra

### Descubrimiento de una huella de Andrée.



Hace dos meses un cazador de focas, noruego, descubrió sobre la isla del Rey Carlos, en el Spitsberg Oriental, una boya que según todas las probabilidades, proviene de la expedición Andrée.

La boya está vacía, de suerte es que el hallazgo no tiene importancia.

Después de dos años, las investigaciones hechas en Groenlandia, en la tierra de Francisco José y en la costa Norte de Siberia, han resultado infructuosas, y es ya casi imposible dudar de la muerte de Andrée y de sus intrépidos acompañantes. En Stol-olmo mismo, ya no se tiene ninguna esperanza de que regrese.

# Los funerales del Sr. General Berriozábal.



La capilla ardiente en el Salón de Embajadores.

La desaparición eterna de aquel hombre respetable, el sepelio del señor General Berriozábal, fué motivo de elocuentes y grandes demostraciones de que la Patria, sabe estimar á sus buenos hijos.

Haremos una descripción de la capilla ardiente

Los muros y toda la drapería carmesí del gran dosel se revistieron de merino negro. Bajo la corona que protege dicho dosel y alumbrado por diversos focos incandescentes colocados en un reflector, se veía el retrato á colores del señor General Berriozábal, en un elegantísimo marco dorado.

Se colocó el ataúd en un plano inclinado y quitándosele la cubierta superior, quedó al descubierto el cuerpo inanimado del ilustre veterano del Ejército, vestido con su uniforme de General de División y medio envuelto por una bandera tricolor que tiene su historia de batallas.

En la parte superior del túmulo se veían las charreteras, la banda azul y el sombrero montado, representación del alto grado militar del muerto.

Formando semicírculo, se colocó gran número de macetas y los trofeos que representaban las diversas armas del Ejército. La Infantería, por medio de pabellones de fusiles Maússer, clarines y tambores enlutados. La Caballería, por medio de cascos, corazas y lanzas antiguas. Representan á la artillería dos cañones sistema Hotchkiss, montados en cureñas cuadrupedales y varias cajas de metralla. El cuerpo de Ingenieros estaba representado

por pabellones de palas, zapapicos y cestones, y la Marina por medio de una gran ancla.

Al pie del retrato del señor Berriozábal, se veía un trofeo de banderas históricas, y al pie del ataúd otro trofeo del mismo mérito del anterior, siendo una de las banderas, la que perteneció al Batallón de Libres de la Guardia Nacional de Toluca y otra á un Batallón de Michoacán, que por mucho tiempo sostuvo el General Berriozábal.

Las cuatro banderas que hemos citado, fueron entregadas al Museo de Artillería, por el señor Ministro, seis meses antes de su muerte.

La plataforma estaba iluminada por cuatro candelabros colocados en los ángulos del féretro, y por los dieciséis focos de luz incandescente que penden de los adornos de metal que coronan los magníficos tibores.

Una ancha faja de merino negro corría por toda la extensión del cornisamiento del salón, el cual es veía inundado de luz, pues se aprovechó la nueva instalación eléctrica.

Toda la noche del miércoles permaneció custodiado el cadáver del ilustre General por un grupo de militares de alta graduación que en las antecámaras del Salón de Embajadores esperaban su turno, en tanto que en torno del ataúd los de guardia con la espada desnuda velaban de centinelas.

Los entrantes guardando la mayor compostura recibían su guardia después de hacer un saludo militar al cadáver que reposaba en medio de un verdadero lecho de flores y coronas.

Desde las seis de la mañana del jueves se reanudó el envío de ofrendas florales, llegando á ser más de doscientas coronas, entre las cuales se encontraban las de todos los cuerpos de la guarnición y de todos los jefes militares, así como numerosas de personas allegadas al finado, cuyas virtudes cívicas le habían captado numerosas simpatías.

El personal de las legaciones y consulados, envió sus coronas con grandes lazos de seda é inscripciones dedicatorias; el lujoso féretro quedó cubierto por las flores.

A las seis de la mañana se abrieron de nuevo al público las puertas de la capilla ardiente, para dar paso á los numerosos visitantes que ya se encontraban reunidos en los corredores del Palacio, esperando el momento oportuno para entrar á visitar el cadáver.

El desfile de los manifestantes se hizo en el mayor orden, y poco á poco aumentó el número de éstos, calculándose en tres mil personas las que durante las primeras horas de la mañana desfilaron frente al catafalco.

Visitaron el cadáver diversas comisiones de So-

ciudades obreras, las que llevaron sus estandartes y sus coronas.

El miércoles en la noche, después de que se cerraron las puertas del Palacio, numerosas personas pretendían entrar y ya no fué permitido por haber una disposición especial al efecto.

En todos los edificios públicos ha ondeado el pabellón nacional á media asta, y en muchos de ellos se colocaron cortinajes tricolores con lazos negros en señal de luto.

Vamos á mencionar un detalle: hace tiempo al discutirse la nueva ordenanza militar, se trató del artículo de honores militares, en el sentido de reformar el existente.

El señor General Berriozábal, que era una de las personas que discutía, opinó que el cañón debía disparar cada media hora en señal de duelo por el Presidente de la República y cada hora por el Ministro; con su carácter jovial decía que él era modesto, y que si discutía con calor este asunto, era porque estaba seguro de estar organizando sus propios funerales. No se engañó, desgraciadamente, pues el artículo en cuestión, al fin reformado, ha sido aplicado para él por primera vez; así es que desde su muerte, el cañón no dejó de hacer disparos cada hora.

Terminada la exposición del cadáver, con sujeción á lo dispuesto para el sepelio, á las dos de la tarde del viernes, rendían su guardia los



Frente al Palacio Nacional.



El cortejo en marcha.

últimos oficiales que velaban el cadáver y se hacían los preparativos para la conducción del ataúd, cuya tapa estaba adornada con placas y agarraderas de plata cincelada; los numerosos asistentes, empleados, particulares y Jefes del Ejército, procedieron á llevar las coronas hasta las plataformas enlutadas que estaban preparadas al efecto, y momentos después, se organizaba el cortejo fúnebre á cuya cabeza iba el señor Presidente de la República, sus Secretarios de Estado, su Estado Mayor y los más caracterizados miembros del Cuerpo Diplomático.

A las tres en punto, partía el cortejo, yendo por delante el féretro que llevaban en hombros los señores Lic. Capdevielle, Capitán Aguillón y Tenientes Pedro Castañeda y Alberto Aragón.

Colocado el ataúd en la flamante carroza tirada por seis frisiones lujosamente enjaezados, los circunstantes ocuparon, según designaciones señaladas de antemano, los carros que les correspondían, y la carroza se puso en marcha. Tanto las aceras de las calles como las azoteas y balcones se veían literalmente llenos de gente; las fuerzas militares que debían hacer los honores de ordenanza, esperaban la llegada del cadáver en las inmediaciones del Panteón de Dolores, de suerte que en todo el trayecto, sólo acompañaban al cadáver los miembros del Estado Mayor del Ministro de la Guerra y los particulares, funcionarios y empleados que ocupaban los carros.

Serían las cuatro de la tarde, cuando llegó á

Dolores, y apenas fué avistado por el Cuerpo de Ejército, las bandas que llevaban sus cajas y cornetas á la sordina, batieron marcha al pasar el cadáver; todas las tropas y sus jefes presentaron las armas.

Este acto fué de los más imponentes en la severa ceremonia: los subordinados saludaban por última vez á su Jefe, y también por última vez las enseñas de nuestra patria se inclinaban ante el cuerpo inerte de quien tantas veces supo pasearlas victoriosas en los campos de batalla.

Llegamos al Panteón, y el cortejo, siempre encabezado por el señor General Díaz, Licenciado Mariscal y Embajador Clayton, se dirigió hacia la Rotonda de los Hombres Ilustres, donde se había preparado improvisado salón con sencillo adorno que consistía en moños de punto negro, lienzos de merino y coronas de cedro.

El acto oficial no fué menos imponente: El amigo íntimo, el compañero de luchas aunque en distintas esferas, señor Lic. Don Ignacio Mariscal, abordó la tribuna, y en nombre del Ejecutivo, pronunció la brillante oración fúnebre, que publicamos en este mismo número, porque no hemos podido prescindir del deseo de dar á conocer tan valiosa pieza á nuestros lectores.

Hablaron en seguida, los señores General Lic. Eduardo Zárate, Diputado Antonio de la Peña y Reyes y Mayor José Manuel Gutiérrez Zamora, quienes con sus conocidas aptitudes, supieron



Paso de la carroza frente al Palacio Municipal.

elocuentemente recordar los méritos del finado, que momentos después descendía á la fosa, al mismo tiempo que las Bandas le rendían el último honor y las baterías saludaban con su estruendo al que para siempre nos abandonó.

Terminada la triste tarea, los dolientes, silenciosos, volvieron á ocupar los carros que debían conducirlos á México, en tanto que las fuerzas, terminada la ceremonia fúnebre, hacían los honores al Primer Magistrado de la Nación, dejando las Bandas que resonara nuestro Himno Patriótico en aquel recinto de la muerte.

### ORACION FUNEBRE

PRONUNCIADA

Por el Sr. Lic. Ygnacio Mariscal,

Jefe del Gabinete.



Señores:

Otra pérdida sensible para la República, otro fiel amigo del Primer Magistrado, otro de sus colaboradores arrebatado por la muerte. En menos de 9 años, Dublán, Pacheco, González, Romero Rubio, Matías Romero; y ahora Berriozábal, su compañero de armas, su Secretario del Despacho durante la época de regeneración y progreso, hoy ya tan avanzada. Hombre de acalorados sentimientos, pero también de convicciones profundas y de inmutables principios, la religión del honor y del deber fué su único y ferviente culto, el móvil constante y poderoso de su infatigable actividad. De esa religión no sólo se mostró fidelísimo observante, llegó por su temperamento á ser fanático sectario. Fanatismo del honor y del deber que sólo comprenden las almas privilegiadas.

Para probar cumplidamente mi aserto sobre el carácter de Berriozábal, para demostrar que esa es la apreciación de un ánimo sereno en otras circunstancias, no el arranque de mi pecho hoy lacerado por la muerte de un amigo, convendría recorrer todos los principales hechos de su vida pública.

Por desgracia me es imposible hacerlo en este instante, ni aun á grandes pinceladas, ni menos con la mesura y el cuidado que lo hará la historia al consignar sus ínclitos servicios á la patria. Baste, sin embargo, recordar que desde su tierna adolescencia, cuando, huérfano y confiado á sus mezquinos recursos, estudiaba en el colegio de Minería, apenas se anunció la guerra de invasión americana, ofreció cuanto entonces podía ofrecer, su carrera, su porvenir, su vida llena de ilusiones y esperanzas, en holocausto á la defensa nacional, y militó con honra distinguida en una contienda que ya no deberíamos recordar, señores, sino al rendir homenaje á nuestros héroes.

La causa de la Nación fué para él como su causa personal, y la promovía con el mismo entusiasmo fervoroso, además de un desinterés rayano



En camino á la Rotonda de los Hombres Ilustres.

en pundonor caballeresco de otros siglos. Apenas terminado el conflicto con el enemigo exterior, sin aspirar á recompensas ni empleos militares ó civiles, continuó modestamente sus estudios, y una vez recibido de ingeniero, dedicóse á importantísimos trabajos de su profesión, que le dieron nombre en los Estados de México, Tlaxcala y Michoacán, siendo además el origen de su módica fortuna.

No tardó en llegar otra crisis muy seria para México, ya no por irrupción extranjera, sino por la explosión natural de intereses contrapuestos que fermentaban en nuestro pueblo desde su independencia. Vino la guerra civil llamada de Reforma, y Berriozábal, obedeciendo á sus simpatías y convicciones, desde entonces hondamente arraigadas, filióse entusiasmado entre los reformistas. Notable fué su cooperación para el triunfo del partido progresista y constitucional, que lo señalaba con orgullo entre sus prohombres.

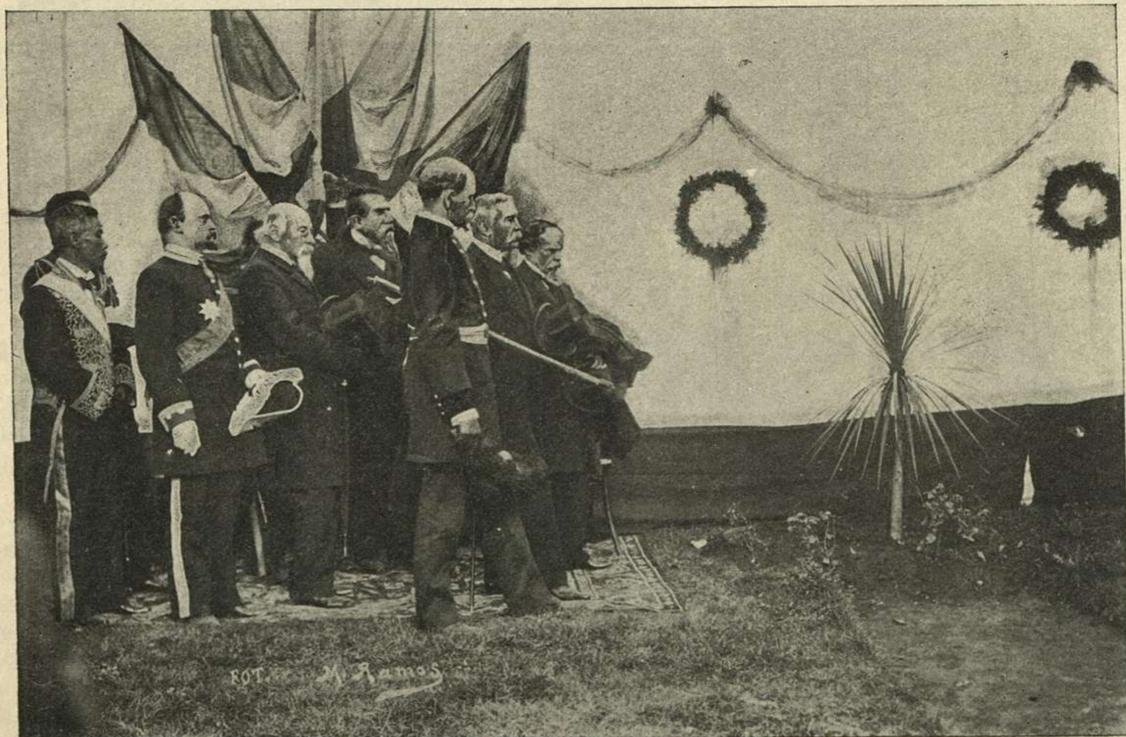
Bien conocida es la evolución de esa terrible lucha de tres años en otra más larga y más terrible, que sirvió no sólo para mantener á raya una intervención extraña, promovida por los jurados enemigos de la Libertad, sino para derrocar un imperio impopular y exótico.

En tan tremenda crisis, siguió Berriozábal lidiando con valor y constancia cuanto pudo y se lo permitió la suerte. Héroe del 5 de Mayo en el

Cerro de Guadalupe, donde la Fortuna coronó la irrente audaz de nuestros guerreros, lo fué también durante el sitio de Puebla, defendida con no menos honra, aun cuando allí sucumbieron nuestras armas a la fuerza y al destino. Prisionero del ejército francés, pudo escaparse y prestó aún, por algún tiempo, su eficaz ayuda al Benemérito Juárez en su éxodo glorioso, para salvar la nacionalidad y las instituciones.

Sus trabajos en la paz no desmerecen al lado de los laureles que conquistó en la guerra. Su consagración al servicio nacional, su celo y laboriosidad apenas igualables, su integridad absoluta por encima de la más atrevida sospecha, eran prendas notorias para sus amigos y aun para sus enemigos más preocupados. Como Gobernador del Estado de México, en sus floridos años, como Ministro de Juárez en edad madura, y luego en la provecta y avanzada, como Secretario de Guerra durante la próspera administración actual, no descansó un momento para alcanzar los más halagüeños resultados, los ideales á que siempre aspiraba. Visible testimonio de sus largas y provechosas faenas lo dan los numerosos volúmenes recientemente publicados sobre organización del ejército, sin hacer mérito de la moralidad, disciplina y levantado espíritu de nuestros militares, que hoy con justicia enorgullecen á todo buen mexicano; cualidades que ya los distinguían, y él supo cultivar con afanoso empeño. Nada lo hacía desmayar en su labor continua y fatigosa, ni las más arduas dificultades, ni la oposición con que pudiera tropezar, ni la entremedad y los achaques de una constitución minada por los años y el trabajo excesivo, porque él los dominaba todos con espíritu fuerte y siempre joven. Mas ¡ay! que al fin vencieron ellos, como en definitiva vencen y vencerán en lo futuro á la pobre humanidad. Pasó ya como pasan las más brillantes, las más soberbias olas del Océano, estrellándose y desvaneciéndose en la costa.

¿Y de él nada nos queda? Mucho nos ha quedado todavía, que así como algunas de esas olas depositan en la arena ricos tesoros al parecer perdidos en un naufragio, así deja nuestro amigo, en las playas del mundo que abandona, preciosas y sagradas reliquias, prendas valiosas de su paso por la tierra. Nos deja, sí, un esclarecido ejemplo que imitar, legado á todos y muy especialmente á la juventud que emprende ahora la azarosa carrera de hombre público; y á nosotros los que lo amábamos con el viejo cariño, ora de camaradas y hermanos en el campamento, ora de compañeros en pacíficas tareas, nos lega una tiernísima memoria, que no ha de perecer mientras vivamos, guardada en el relicario de nuestros corazones.



Después de la inhumación.

## Protectora de las Bellas Artes.

Si algún mágico dijera á un arquitecto capaz de poseer ideas grandiosas y ambiciones para realizarlas: "Tienes derecho de formular dos deseos," es seguro que el arquitecto respondería: "Pido una basta extensión en un lugar muy bello, y millones á granel." Pero es seguro también que tales deseos no los consideraría sino como un ensueño.

Ese ensueño acaba de realizarse para el francés



Señora Phebe A. Hearst.

M. Emile Benard, un arquitecto de cincuenta y cinco años, que en 1867 obtuvo el Gran Premio de Roma. Encontró al mágico, mejor dicho, á la hada, y sus dos deseos han sido ya satisfechos.

La hada es la señora Phebe A. Hearst, apellidada Appersin antes de su matrimonio, y nacida en 1843. Desde 1891 es viuda, colosalmente rica, del Senador californiano Jorge R. Hearst.

California, comarca mucho más joven que los Estados del Este, se esfuerza por desquitarse del tiempo perdido.

Conocidas son las grandes Universidades del Este: Princeton, Harvard, etc.

San Francisco quiere poseer algo mejor que el Colegio Harvard, gloria de Boston, y la señora Phebe Hearst ha creído hacer un buen empleo de sus millones de dollars, realizando el grandioso capricho de sus compatriotas.

El asunto se ha desarrollado rápidamente. En Enero de 1898 abrióse un concurso preparatorio, bajo un programa redactado por M. Guadet, Profesor de la Escuela de Artes de París. Pedíase á los concurrentes un proyecto de conjunto apropiado á un inmenso terreno sito en Berkely, cerca de San Francisco, y para tal objeto se les proporcionó un plano, en relieve, del referido terreno. Se necesitaba tomar en cuenta quince institutos, de diversa importancia material, casas de habitación para cinco mil estudiantes, gimnasios, museos, etc.

El jurado internacional, reunido en Amberes, en Octubre de 1898, retuvo once proyectos sobre noventa y ocho que fueron presentados.

Hubo entonces un nuevo concurso entre los autores de los proyectos retenidos, quienes—curioso detalle—eran, todos, antiguos discípulos de la Escuela de Bellas Artes de París. Tres eran franceses, uno austriaco, uno suizo y seis americanos.

Ese segundo concurso fué juzgado en San Francisco, en el mes de Septiembre próximo pasado. Los concurrentes presentaron planos en mayor escala y estudios detallados de uno de los grupos, á su elección. Según se dice, hubo largas dudas acerca de la atribución de las primas ofrecidas, á partir de la segunda; pero el primer premio de 50,000 francos, fué acordado por unanimidad, al proyecto de M. Emile Benard, cuya superioridad, tanto en el conjunto como en los detalles, era incontestable. Fué á la vez el más armonioso, el más práctico y el mejor adaptado al terreno.

La ciudad universitaria tendrá proporciones colosales, asombrosas, y ciertamente no se construirá en un día, ni en dos ó tres años. Pero M. Benard partió ya para San Francisco, y no se tardará mucho en colocar la primera piedra.

Desde ahora tiene á su disposición cincuenta millones de francos, de los cuales la señora Hearst proporcionó más de la mitad. Eso bastará para construir uno de los grupos, calculándose el costo total de la Universidad, en doscientos millones de francos, que es seguro no faltarán, á medida que

se vayan necesitando, pues la señora Hearst no ha asignado á su generosidad más límites que los de su fortuna.

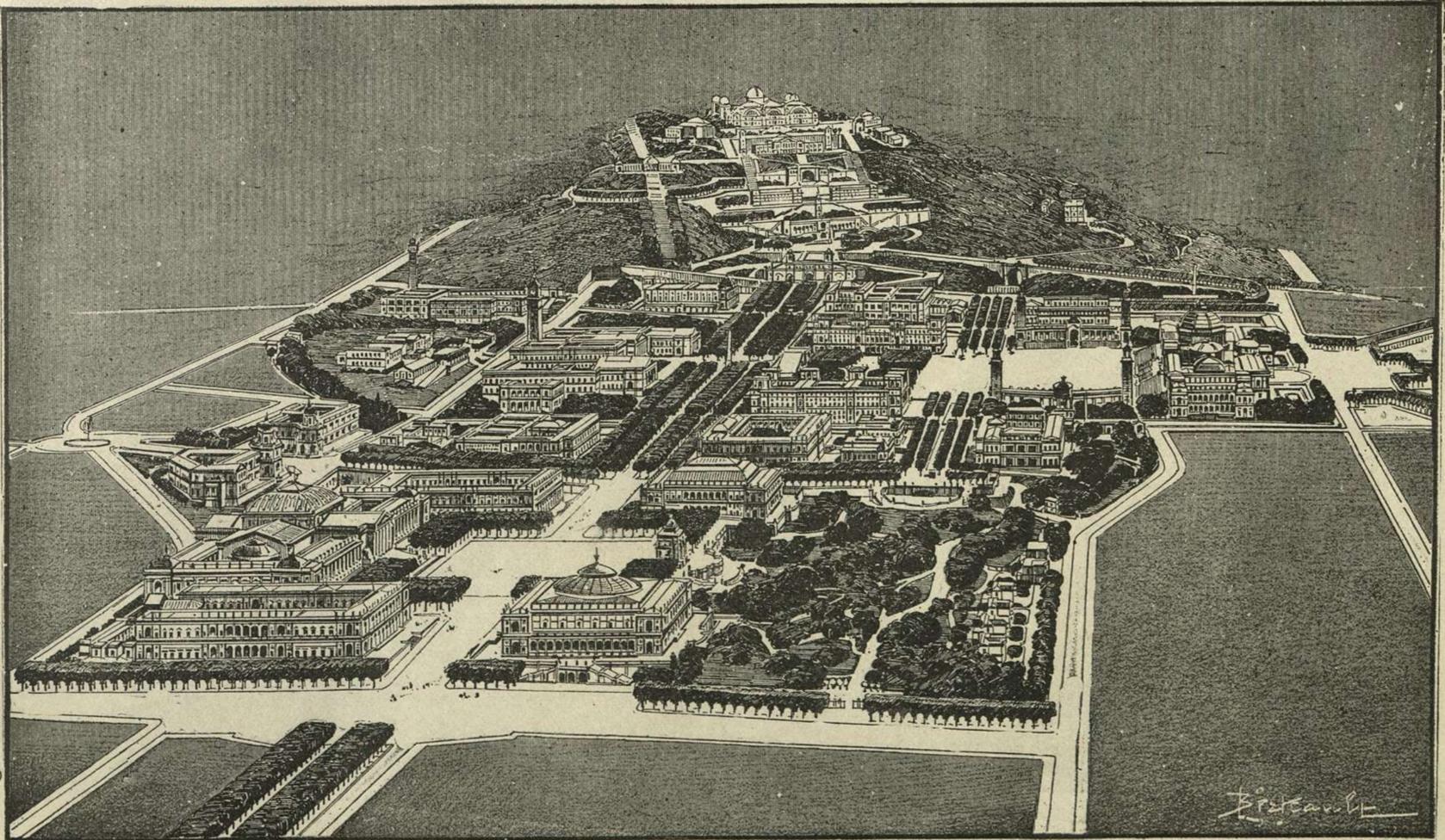
Hacemos notar que la generosa señora Phebe Hearst es la misma que acaba de pensionar á nuestro notable acuarelista Alfredo Ramos Martínez, para que marche á París á perfeccionar sus conocimientos y á desarrollar su talento artístico.

## Recuerdos del baile de caridad.

La inolvidable fiesta verificada en el Circo Teatro Orrin la noche del lunes primero del actual, grabada ya en los recuerdos de cuantos tuvieron la fortuna de asistir á ella, podrá perpetuarse y dar una idea de lo que fué á las personas que no concurren, gracias á la magnífica fotografía que á media noche sacaron los Sres. Schlattman Hnos., empleando por primera vez, y con los mejores resultados, un nuevo procedimiento: una combinación de luces eléctrica y de magnesio, que produce la claridad uniforme que se necesita, para que queden en la placa hasta los más mínimos detalles.

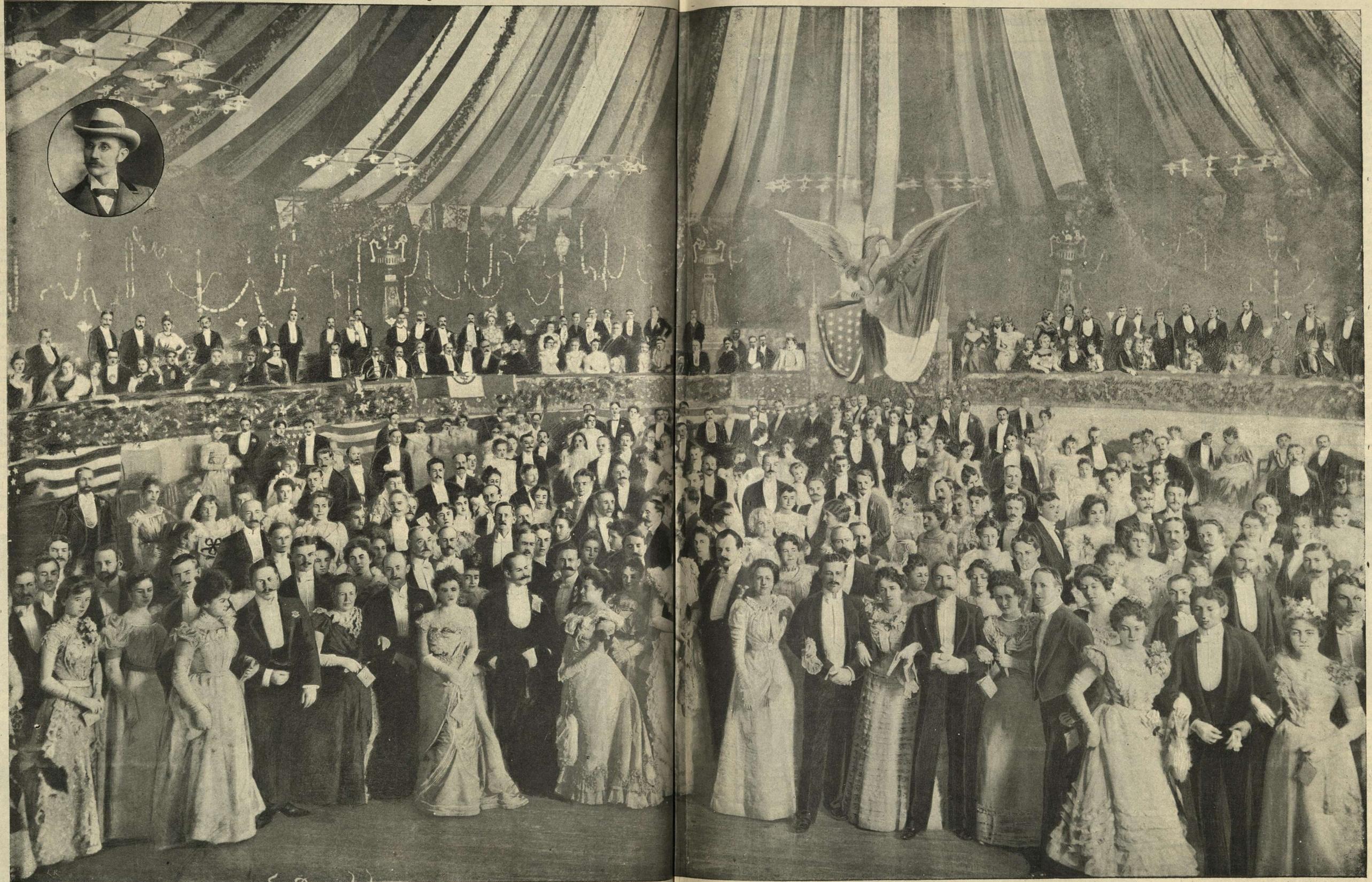
Copia de dicha fotografía, es el grabado con que ilustramos las dos páginas del centro de este número, y nuestros lectores podrán calificar su mérito, á la vez que se formarán juicio exacto de la fiesta, que con el loable fin de realizar obras de beneficencia, organizó la Colonia Americana residente en esta ciudad y á la cual cooperaron distinguidos norteamericanos, que viven en distintos puntos de la República.

La galería del Circo convertida en tupido bosque, entre cuyo ramaje brillaban hilos de plata; los grandes macetones orientales llenos de flores, entre cuyos pétalos cintilaban focos incandescentes, los gabinetes estilo japonés, la profusión de luz y los lienzos con los colores de nuestra bandera y la de los Estados Unidos, que cubrían los antepederos de los palcos, daban al salón un aspecto precioso; pero su mejor adorno consistió en la belleza y elegancia de las damas que asistieron á este baile, que va ha hecho época en los anales de nuestras grandes fiestas.



LA UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA

EL GRAN BAILE DE CARIDAD.



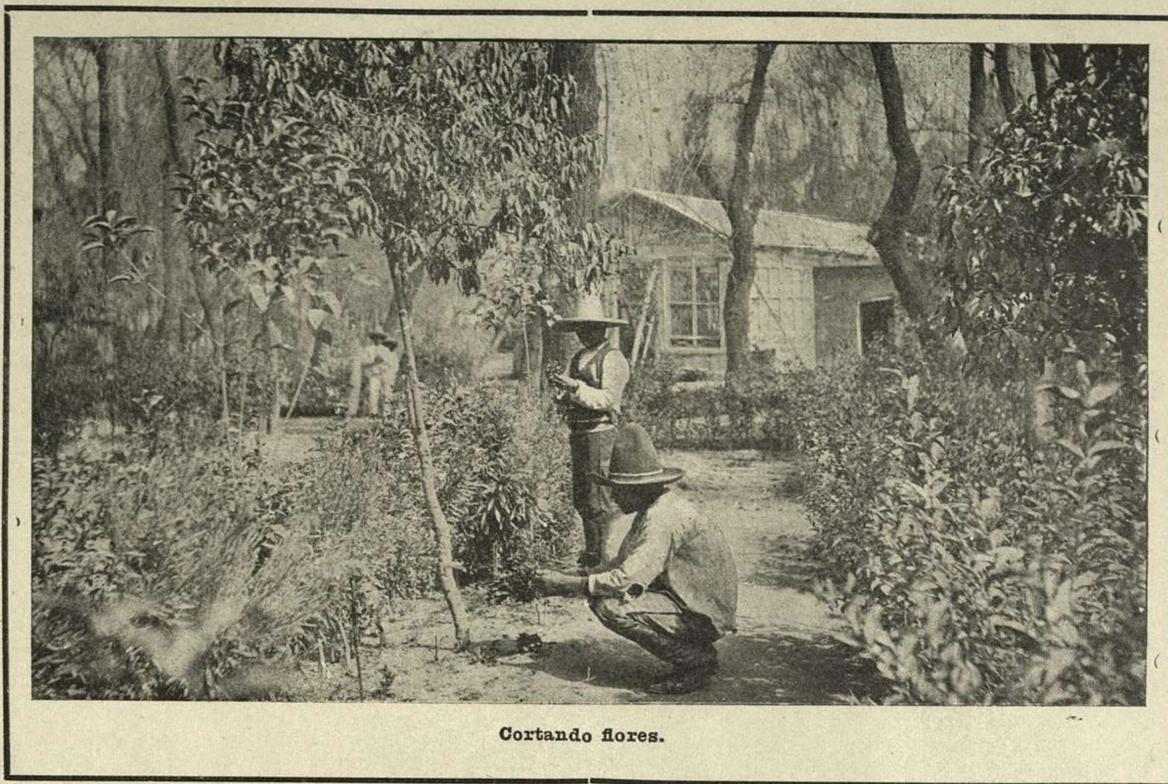
FOTOGRAFIA TOMADA A MEDIA NOCHE POR LOS SRES. SCHLATTMAN HERMANOS,

# LOS FLORISTAS.

## INDUSTRIAS POPULARES.

Cada país y cada comarca tienen sus industrias populares típicas, pequeñas industrias que no pocas veces son reveladoras de grandes instintos artísticos, y que, estimuladas por el favor del público y protegidas por la aplicación de sistemas y procedimientos científicos y modernos, muchas veces llegan á ensancharse de un modo maravilloso, trocándose, de casi distracciones tradicionales que eran, en verdaderos ramos de pingüe explotación y en factores, por ende, de la actividad y riqueza nacionales.

A ese respecto tenemos un ejemplo muy elocuente en los talladores de maderas de Suiza. Ha dicho Julio Leclercq que en cada suizo genuino hay tres hombres: un cazador, un relojero y un tallador de maderas. ¿ Por qué? Por tradición, sencillamente; porque los hijos ven el trabajo de sus padres, lo imitan, lo aprenden y luego lo enseñan á los nietos. En las floridas faldas de los Alpes y á orillas de esos lagos suizos maravillosamente bellos, los campesinos, mientras ven pacer el ganado, ó mientras descansan un instante de la persecución del "bock," entretienen el ocio de sus manos tallando madera. Un filoso cuchillo y un bloque de madera suave, de esas que abundan en los resinosos, helvéticos bosques, les bastan para hacer primores, bustos, cajas labradas plegaderas, juguetes, animales, alto y bajo-relieves, etc. En un distracción y dada la generalidad de su manuprincipio esos artefactos, como productos de una factura, no eran considerados como una industria lucrativa. Por lo general dábanse obsequio como prendas de amistad y eran los talismanes de amor que se cambiaban los mozos y las mozas. Pero el "turismo" empezó á fijarse en ellos y algunas figurillas fueron compradas á los pastores y guías de la montaña en buenos chelines y libras de la vieja Inglaterra, que pregonó en breve la



Cortando flores.

factos de madera y cuerno y esos característicos relojes "de cuco?"

En México tenemos también muchas de esas pequeñas industrias que bien pueden, con el tiempo y el trabajo, organizarse de modo de llegar á ser ramos lucrativos, y qua ya ahora son altamente apreciados por los extranjeros que nos visitan, no obstante de que todavía se hallan en embrión y de que apenas son cultivados, con rudi-

á ser un ramo de trabajos que aumente nuestra exportación y nos produzca buenas sumas de dinero.

\*\*\*

Empezaremos con los floristas.

Las flores han llegado á convertirse en artículo casi de primera necesidad, y no es nada despreciable el consumo que de ellas se hace diariamente en todas las grandes ciudades.

Aparte de la afición general que existe por las flores, la vida social, los usos establecidos, han aumentado su consumo, y éste es tal, que en México y sólo en el "kiosko de las flores" ha habido día en que la venta llegara á mil pesos.

Difícilmente se encontrará un rincón de la tierra en que la naturaleza haya prodigado sus tesoros florales con mayor opulencia y en más variedad que en nuestro suelo. Niza misma, esa encantadora Niza que surte de flores á todos los *boudoir* elegantes de París y que está representada en colores y en perfumes sobre todas las mesas alegres de la metrópoli del mundo, la misma Niza, decimos, sería vencida si con nuestros pensiles se midiese en torneo floral.

Desde las flores más lozanas que por propia vida exuberante y rica brotan espontáneamente y cubren nuestros campos con la alegría desbordante de la plebe, como las amapolas multicolores, hasta las más aristócratas, las reales princesas de la Flora, como las gardenias, las camelias y las delicadas rosas ingertadas que exigen un cuidado prolijo: todas las flores, todas las variedades, existen



En el mercado.

habilidad de los "Holzschneider (cortadores de madera) de Suiza.

¿Qué sucedió entonces? Que para los campesinos se abrieron nuevos horizontes; que comprendieron aquéllos que en un rato de tranquila labor podrían ganarse tanto ó más que en todo un día de peligroso ascenso por las cuevas nevadas, recogiendo matas de "edehveiss" y matando chivos; y que desde entonces se dedicaron con ahinco á labrar madera, creándose una competencia que como era neutral, muy en breve ocasionó gran mejoramiento y variedad en los productos.

Más tarde, se establecieron fábricas enteras de objetos de palo tallado, y con la poderosa ayuda del capital y de las máquinas, la tradicional habilidad de los suizos es hoy una gran industria que halla demanda por doquiera y que rinde cuantiosas utilidades. ¿Quién no conoce hoy esos arte-

mentarios procedimientos, por unos cuantos indígenas.

A esa clase de nuestra industria nacional pertenece la manufactura de filigranas de plata, la de enseres de barro poroso en Jalisco, la de ornamentación y pintura con plumas naturales, la de la extraña "laca" indígena de las jícaras y bandejas de Uruápam, etc., etc.

Nosotros desdeñamos, por lo general, esa clase de artefactos; pero no pasa lo mismo á los extranjeros, para quienes resultan aquéllos de un exotismo atrayente y que, con ojos menos acostumbrados y más imparciales que los nuestros, saben apreciar sus bellezas y peculiaridades.

Es, pues, interesante, ocuparse un poco de esas pequeñas industrias y de ver de cerca á quienes las cultivan. No será remoto que mañana, lo que hoy desdeñamos tan injustamente, llegue



Una bonita pieza.

entre nosotros y existen en una abundancia que maravilla.

La floricultura, bajo la benignidad de nuestro clima y con la riqueza savial de nuestra tierra, está muy lejos de ser en México ese arte metódico ó mejor dicho, esa intrincada ciencia que es en Europa, en donde cada planta ha menester de un cuidado más sabio y más sostenido que el que la más cariñosa de las madres pudiera prestar al más delicado de los recién nacidos. Con una poca de buena voluntad y un cuidado casi superficial y nada afanoso, nuestros pensiles florecen "locamente," como dice el poeta, y brindan, durante todo el año, su perfumada y ópima cosecha.

La mesa central de Anáhuac pierde sus arideces en el risueño valle de México, de modo que los alrededores de nuestra metrópoli son verdaderos verjeles en donde la flora más variada revienta sus multicolores penachos y salpica sus notas yocundas sobre la verdura de una primavera casi ininterrumpida. Ixtacalco, Santa Anita, Xochimilco, Mixcoac, Tacubaya, San Angel, Tlalpam, Coyoacán: son los nombres de lugares y lugarejos que ciñen los contornos de la metrópoli mexicana, y son los nombres de otros tantos verjeles en perenne florecimiento.

No obstante tal opulencia, el precio de las flores escogidas no es en México tan bajo como pudiera creerse, debido á la demanda que tienen en la ciudad y á la facilidad de obtener altos precios, muy especialmente de parte de las colonias extranjeras que están acostumbradas á adquirir en sus países muy caras las flores. Por otra parte, sucede con el de las flores lo que con todos los pequeños comercios que no están debidamente organizados: no presidiéndolos una explotación en forma, los efectos de la competencia, en el precio, son tardíos y poco sensibles.

Una visita matinal al mercado de las flores, regocija grandemente. Un penetrante perfume satura la atmósfera y una plétora de colores se esparce en las grandes canastas y tapiza el pavimento. Las crisantemas blancas, amarillas, verdes, moradas, cual rebeldes cabelleras, maravillosamente aclimatadas en nuestro suelo, abren al sol sus enormes corolas, húmedas aún por el rocío; las violetas, en enormes mazos, cantan el triunfo de su humildad vencedora; las dahalias—"flor maldita, belleza senza cuore"—derrochan color á falta de perfume; las amapolas, con su risa insolente, se burlan de la aristócrata palidez de las rosas.....

Es aquella una inefable sensación de frescura. Y no sólo en el centro del mercado floral, sino también en las esquinas de las calles más céntricas se mira ese bienhechor espectáculo de las flores y en torno de los vendedores indígenas, otros "manojos," igualmente frescos, de rubias y sonrosadas "missis" se disputan los ramilletes que han de arrullar á la rítmica ondulación de su seno.

El transporte de las flores, de los pueblos circunvecinos á la ciudad, se efectúa diariamente muy de mañana. Los indios efectúan la cosecha



Tipo de florista mexicana.

de sus huertecillos al rayar el alba, amarran las flores con "tules" y en grandes bultos las trasladan á la ciudad, en donde verifican el separo.

Las flores tropicales, como la camelias, en su mayor parte arriban por ferrocarril, procedentes de Orizaba, Córdoba y Jalapa, en empaques por demás originales y curiosos, hechos de grandes hojas de plátanos, que conservan su perfume y su frescura por mucho tiempo.

Naturalmente, hay días especialmente propicios al comercio de las flores, y en ellos se trae á la ciudad doble cantidad ó más de la perfumada mercancía. Son esos días los de los santos rumbosos; Concepción, Guadalupe, Carmen, etc., y los de fiestas generales, como Año Nuevo, Pascua, etc., amén de los pedidos extraordinarios que se hacen cuando se verifican grandes bailes.

Otro día muy propicio es el de la Conmemoración de los Muertos, porque las flores tienen el don de simbolizar al propio tiempo, besos y recuerdos.

En las ciudades de tierra caliente que citába-

mos arriba, hay grandes huertas destinadas exclusivamente al cultivo de gardenias y camelias, y producen cada año varios millares de pesos.

Las flores son la poesía abstracta: hacer ramos es hacer versos.

Vimos ya que la materia prima abunda en México y trataremos ahora de su "elaboración," si es que elaboración puede llamarse al agradable esfuerzo artístico de rimar flores.

Ya el ilustre Barón Alejandro de Humboldt, hizo notar que los indígenas de esta tierra poseían una muy feliz intuición para la combinación de los colores y es claro que tal cualidad les sirve de mucho en la industria floral.

Efectivamente, los floristas mexicanos son hábiles para ramificar las flores de suerte que resalten sus bellezas y formen conjuntos armónicos y bellos. Los ramos comunes y corrientes que se expenden diariamente en el mercado, ya sea que obedezcan á una simetría minuciosa, ó que estén hechos sin "parti pris" marcado y ostentando sólo el atractivo de la variedad y riqueza de las flores, son, en lo general, obras que hablan muy en favor de las disposiciones relativas de nuestros indígenas.

Pero la competencia y enseñanza de algunos floristas extranjeros, los han refinado mucho, y hoy en día crean otras piezas florales que realmente pueden ser consideradas como obras de arte.

Canastillas, liras, cojines, coronas mortuorias, adorno floral de tejido de mibre, guirnalda, adorno de mesas y habitaciones: todo ha progresado y todo demuestra gusto y habilidad.

En el mercado de las flores, durante las primeras horas de la mañana, es muy grande la habilidad de los fabricantes de ramilletes y de piezas florales. Los indígenas trabajan con portentosa rapidez y en un instante "visten" una canastilla ó transforman una pieza que no ha gustado, por completo, al consumidor, y en semejantes operaciones se sirven de sus dientes como principal instrumento cortante para trozar los tallos de las flores y el hilo con que han de ligarlas.

Llama la atención de los extranjeros la frecuente costumbre de sembrar entre las flores hermosas y rojas fresas y es digno de notarse ese "decadentismo" de nuestros floristas que en las fresas ven flores de carne.

Asimilada á la industria que hemos reseñado, puede considerarse la de "encerar" las flores, que últimamente se ha desarrollado bastante y que es muy apreciada de propios y extraños.

El procedimiento consiste en someter las flores sueltas y los ramos ya formados, á un ligero baño de transparente parafina, de suerte que se forme sobre cada flor, cada hoja y cada tallo, una delgadísima capa que proteja las flores de la destrucción. Con tal procedimiento, los colores no pierden en nada absolutamente, y las flores presentan el aspecto de flores de cera, pero con una fidelidad en la forma y en los colores, que sería inimitable por cualquier otro artificio.

Las flores enceradas se conservan lozanas por muchos días y aun por meses, cuando la operación se ha llevado á cabo de una manera perfecta, y al través de la parafina puede percibirse algo del vago perfume original.

El éxito alcanzado en las exposiciones florales de Mixcoac, Coyoacán, San Angel, etc., que siempre han agradado grandemente á los numerosos turistas que año por año nos visitan, deben estimular á nuestros floricultores, tanto en el cultivo de las flores, como en la manufactura de piezas florales.

Ya lo dijimos: en ese punto, pocas comarcas pueden competir con nosotros.

No es mérito nuestro: es gracia de la naturaleza.

No es mérito nuestro: es gracia de la naturaleza.

OSCAR HERZ.



Un ramo artístico



*Ilmo. Sr. Don José Ignacio Arciga, Arzobispo de Morelia.*

† Enero 7 de 1900.

nir aquí con el fin de asistir á los funerales que en un principio se había pensado hacer en México, previas solemnísimas exequias que habían de verificarse en nuestro primer templo, pero obtenido el permiso necesario, se resolvió después trasladar el cadáver embalsamado á la citada ciudad de Morelia.

La translación se verificó, y por los telegramas que hemos recibido, sabemos que en toda la Arquidiócesis que estaba á cargo del Sr. Arciga, han sido unánimes las manifestaciones de condolencia y muy solemnes las exequias que se verificaron en la suntuosa catedral moreliana, que en época nada remota, hará año y medio, fué decorada é inaugurada con gran pompa, debido al zelo del Pastor muerto.

Nuestras ilustraciones representan el acto de los funerales, que se nos comunica fueron de lo más concurridos y suntuosos.

\*\*\*

He aquí los telegramas:

Morelia, Enero 11.—En la tarde del miércoles, después de las honrosas ceremonias fúnebres, celebradas en la Catedral de la Arquidiócesis para honrar la memoria del dignísimo Prelado, se cerraron las puertas, quedando una guardia de honor velando el cadáver del Sr. Arciga.

El jueves, á las ocho de la mañana, se depositó el cadáver en un ataúd lujoso y se formó el cortejo fúnebre. La comitiva era presidida por muchas personas con velas encendidas, y el cadáver conducido en hombros de cuatro sacerdotes.

Lo más distinguido de la sociedad de Morelia ha asistido á los funerales. En las azoteas, en los balcones y en las calles del tránsito, se apiñaba la multitud, y hubo necesidad de que las fuerzas de seguridad del Estado conservaran el orden.

Se calcula que más de 20,000 personas se habían congregado en las inmediaciones del Panteón general.

En un terreno de propiedad particular junto al mismo panteón, se abrió una fosa revestida de piedra en su interior, y se dice que la capilla que se levantará como monumento al Sr. Arciga, servirá para inaugurar una especie de Panteón católico ó lote adscrito al Panteón general.

Poco después de las 11 de la mañana llegó la fúnebre comitiva; el cadáver fué depositado en el salón de espera. Antes de cerrarse la caja, el Juez del Registro Civil la reconoció y certificó la existencia del cadáver.

Después, el Sr. Deán, Don Julián Vélez, revestido de capa pluvial, bendijo la fosa y entonó solemne responso.

## Muerte del Ilmo. Sr. Arciga.

La reina implacable, la inexorable muerte, arrebató en la semana que acaba de pasar, otra personalidad por mil títulos distinguida: el Ilustrísimo Sr. Don José Ignacio Arciga, Arzobispo de Morelia, tras de penosa enfermedad, dejó de existir el domingo anterior.

Ya en bien delicado estado, resolvió venir á esta capital en busca de salud; pero su mal era irremediable y al fin se llegó al funesto desenlace que la ciencia había pronosticado.

La gravedad del ilustre enfermo se acentuó desde el sábado en la noche y los Prelados Ilmo. Sr. Alarcón y el Obispo de Querétaro, previendo que el triste momento se acercaba, le impartieron los últimos auxilios espirituales, en la casa del Sr. Tirso Saens, pariente del finado, donde estaba alojado el Sr. Arciga y acaeció su defunción, á las dos de la tarde del domingo.

Era el finado hombre de relevantes cualidades: instruído, virtuoso y un protector infatigable de la juventud, en cuya instrucción ponía especial empeño, que siempre fué fructuoso como lo demuestran los adelantos alcanzados en el renombrado Seminario de Morelia.

Tales prendas valieron al Prelado general estimación, muy principalmente entre los habitantes de Morelia, capital donde se recibió la noticia de su muerte con manifestaciones de viva condolencia.

Los principales agricultores, comerciantes é industriales de Morelia telegrafiaron á raíz del acontecimiento, manifestando que se preparaban á ve-



Plaza principal de Morelia.



SALIDA DEL CORTEJO.--Catedral de Morelia.



En camino para el Panteón.

## PABELLÓN DE RUMANÍA.

El pabellón de Rumanía, también destinado á figurar en la Exposición Universal, se levanta atrás de la línea de construcciones que bordean el Sena, lo cual es de sentirse. Por la originalidad y el aspecto imponente de su arquitectura, este edificio merece ocupar un lugar de primer rango; sin embargo, está suficientemente aislado para producir un gran efecto, y el cuadro de hermosos árboles que lo rodean agrega una nota pintoresca al conjunto. Es el primer pabellón que se encuentra partiendo del puente del Alma y subiendo hacia el puente de los Inválidos y está muy próximo á los pabellones helénico y servio, que están inspirados directamente en el arte Bizantino. El pabellón de Rumanía procede del mismo origen arquitectónico, pero con la diferencia de que las formas bizantinas importadas están modificadas por influencias étnicas y constituyen un arte propio y nacional. La arquitectura romana, casi exclusivamente religiosa, ha dejado numerosos monumentos en distintas provincias, cuyo conjunto forma la Rumanía actual. No obstante numerosas visicitudes, las invasiones de los tártaros y después las de los turcos, estos pueblos indomables no han dejado de defender su nacionalidad y su religión. El arte estaba casi exclusivamente refugiado en los monasterios fortificados, que en su mayor parte se edificaron en las gargantas de los montes Karpathes. Al abrigo de esas espesas murallas se levantaron iglesias que la piedad de los fieles decoraba con una riqueza desconocida, como puede verse en la célebre iglesia de Argis.

\*\*\*

Si la Rumanía ha conservado desde hace tanto tiempo hasta nuestros días la tradición bizantina, esto se debe á las creencias religiosas, á la ortodoxia que ha permanecido inmutable. Por otra parte, en este país, constantemente atacado por los invasores que siempre estaban acampados en sus fronteras, no se podría producir la infiltración de las artes extranjeras, como sucede en otras naciones, favorecidas por la paz, entregadas al comercio y en relaciones con el extranjero.

El pabellón de la Rumanía, tal como lo representa nuestro grabado, está compuesto con elementos tomados de los edificios más célebres de Rumanía y que no se remontan más allá del siglo XVI.

La Rumanía es rica en antigüedades romanas: sus habitantes aun los más ignorantes, conservan vivo el recuerdo del Emperador Trajano, á quien le atribuyen indistintamente todos los monumentos en ruinas, cualquiera que sea su origen. El Museo de Bucarest, enriquecido sobre todo con donativos de particulares, posee objetos del más alto interés, entre otros, el famoso tesoro de Petrossa,



EN EL CAMPO DE MARTE.--Pabellón de la Marina Mercante.

compuesto de piezas de orfebrería, que se supone pertenecieron como botín á los Godos. Estas piezas figuraron en la exposición de 1867.

Una selección entre estas riquezas, compondrá un museo arqueológico que será colocado en las galerías del pabellón. Habrá, además, en éste, un magnífico restaurant, donde además de servirse lo más exquisito de la cocina de Rumanía, que es famosa, se exhibirá una gran orquesta de indígenas que ya en otra ocasión estuvo en boga en París.

El Comisario General de la Rumanía es el señor Ollanescio, diplomático, Presidente de la Academia, literato y poeta de gran talento.

## EN EL CAMPO DE MARTE.

Dicho palacio, uno de los más hermosos que figurarán en la Exposición de París, está construido á la izquierda del puente del Sena, para el espectador que esté colocado en el Trocadero. Hace "pendant" con el palacio de las florestas respecto del cual tiene muchas semejanzas de estilo, lo que se debe seguramente á que fué dirigida la construcción por los mismos ingenieros. Sin embargo, la semejanza no puede notarse en los deta-

lles ni en las grandes líneas, está en el conjunto que siendo un estilo original, constituye el sello de los autores. Estos no se han creído obligados á las restituciones de un estilo cualquiera; sus fachadas son muy modernas con detalles de capricho y fantasía bien colocados, puesto que se trata de edificios provisionales que han de figurar en la Exposición, y han tenido cuidado de que el destino que se daría á los edificios que han dirigido, esté caracterizado por los emblemas y alegorías que no dejan duda en el espíritu; pero que se acercan mucho á la antigüedad griega ó latina.

Así por ejemplo, la escalera exterior francamente abierta, con sus ramplas y balaustradas, se podría haber modernizado, quitándole el aspecto de las grandes galerías de la vieja Roma y de la no menos antigua Atenas.

No obstante estos que pudieran calificarse de defectos, el conjunto, lo repetimos, es de lo más hermoso y tiene, por otra parte, detalles de positivo mérito.

## Los fraudes electorales en Narbona.

Narbona, renombrada por su miel, no merece á lo que parece, la misma reputación por la cultura de sus costumbres políticas.

En las elecciones legislativas de Mayo de 1898, tres candidatos estaban frente á frente en la primera circunscripción de esta ciudad: dos favorecidos: el Doctor Ferroul, socialista revolucionario, M. Bartisol, oportunista, y B. Cros-Bonnell, radical. Tan reñida fué la elección, que hubo necesidad de repetir el escrutinio, y M. Bartisol obtuvo algunos votos de mayoría, pero su elección fué nulificada, y triunfó definitivamente M. Ferroul. Pero éste no se contentó con una victoria tan calurosamente disputada, sino que quiso y logró poner á sus competidores bajo la acción vengadora de las leyes para que fuesen castigados por los fraudes electorales que se les imputaban.

Por razón tan extraordinaria, en Carcassone, sitio de reunión de la corte de Assises de l'Aude, acaba de verificarse un gran proceso sensacional. Ocuparon el banquillo de los acusados treinta y cuatro personas de importancia, entre ellas, trece consejeros municipales, dos marinos, M. Turrel, ex-Ministro, M. Bartisol, ex-caudidato, y el ex-prefecto del departamento. En la audiencia figuraron ciento veinte testigos, y cuatro notables abogados, entre otros, Marty, antiguo Ministro del Comercio; se tomaron medidas extraordinarias para conservar el orden, y todo ésto fué para... llegar á un avenimiento general.



EXPOSICIÓN DE PARÍS.--Pabellón de Rumanía.



# LA DEVORADORA DE HOMBRES

Acaba de morir el crepúsculo tras de las colinas y la Luna, gigantesca, se alzaba en la frangeada escotadura de dos selvas.

La tierra, todavía cálida del ardor del día; la súbita cesación de la brisa; los rumores de animalidad nocturna, la belleza del firmamento tendido sobre comarcas no sometidas al hombre después de los millares de millones de años de civilización; una fecundidad implacable, feroz, vasta como el éter, invencible como el Océano, asaeteaba, dominaba, sorprendía el corazón de James Mac Carthy, y lo llenaba de una plenitud de grandeza y de poemas.

Tras de él iba un humilde hijo de la India, Bavadjí el Guía, flaco, de hombros altos y encorvados, tallado en un *minimum* de materia, pero de cabeza lúcida, y boca buena, inteligente. Por delante, Djuna, el explorador suministrado por la aldea de Nardonarés para que indicara el cubil de la tigre, de la devoradora de hombres que hacía pocas noches se llevara á otro labrador.

A medida que avanzaban, murmuraba la noche con voz más alta y más terrible, prolongábase en la llanura el rugir de las fieras, y grandes murciélagos nadaban en medio de la luz anaranjada.

Bavadjí se acercó á Mac Carthy: su horror se compensaba con el íntimo orgullo de servir á ese irlandés rechoncho, de pupilas belicosas, de fisonomía ruda y buena, irascible y afectuosa.

—¿Ya estamos? preguntó James.

—Sí, amo.

## II

Al salir de una especie de desfiladero entre las rocas, Djuna se detuvo tembloroso y extendiendo una mano, suspiró:

—Allí.

Sobre una superficie simosa aparecía uno de esos rincones donde la majestad de las fuerzas libres y la lucha de los instintos y de las plantas crean el esplendor y la podredumbre. Recortaba la luna las higueras, los troncos secos, los bordes de las hojas; tejía encajes entre las yedras, los líquenes, los ricinos, y sobre un pantano que azolvaban viejas cortezas, cañas á medio podrir y algas esmeraldinas; el firmamento parecía hecho de constelaciones ramusculares, una fauna siniestra trepaba y huía por sobre el suelo ó flotaba en las ondas pesadas. Por todas partes una confusión de génesis y de agonías, de sombras siniestras y de brotes de flores argentadas, de efluvios húmedos y palúdicos, de finas esencias de plantas aromáticas. En los intervalos del silencio se escuchaban los rumores de alguna fuente misteriosa que parecía subterránea, y el lamento lejano de los chacales.

—¿Allí? preguntó Mac Carthy. ¿Es ese el lugar exacto?

—Un día de invierno, contestó Djuna en voz baja, persiguiendo una oveja perdida. . . . ví á la Devoradora de hombres en la entrada de su caverna. . . .

Y con voz casi indistinta y tiritando todo su cuerpo, agregó:

—Acababa de devorar á una joven. . . . Después Shandranahur, el mismo que desapareció anoche, fué también testigo y en este mismo lugar, de una escena semejante. . . .

—Bien, dijo Mac Carthy. . . . Entonces ¿puedes llevarme hasta allá?

—Lo haré, repuso el hindu con tranquila resignación.

—¡Andando, pues!

Dieron vuelta á un soto y hallaron un sendero natural, formado por el curso de las aguas de Invierno. Los tres hombres avanzaban penosamente y con mirada aguda veían hacia la penumbra. El roce de sus vestidos contra los arbustos, de sus pies sobre el suelo, se confundía casi con el zumbido de los insectos y con los ligeros temblores de las higueras. Una suavidad fúnebre, una frescura siniestra y como aterciopelada, venía de todas las indecisiones del alrededor. Como una alma, rondaba el peligro en torno de ellos, transfigurando el aspecto de las cosas, inscribiendo por donde quiera símbolos absurdos y penetrantes.

Bavadjí y Djuna, á la proximidad inevitable de la peripecia, caían en una especie de hipnosis, fuente de la pasiva bravura de tantos orientales, fuente de esas resistencias tranquilamente obstinadas ante las cuales el Occidente ha retrocedido en ocasiones. Con las pupilas ensanchadas y el pensamiento semi-apagado, iban como sonámbulos, en tanto que en Mac Carthy, la voluntad, los nervios, la razón, daban una viva batalla; pero la costumbre de esos minutos terribles hacía que no fuera dudosa su conducta; creía en la firmeza de su brazo, en la lucidez y decisión de su pupila. Con las palpitaciones más rápidas de su corazón, sentía la vigorosa voluptuosidad de los valientes, la eléctrica alegría de una lucha en que no podía mezclarse dolor alguno.

Rumiaba esas cosas, á la manera poco analítica de los hombres de acción, cuando vió que Djuna, sobresaltado, se volvía hacia él.

—Allí. . . . en ese claro. . . . tras del block de piedra.

Se detuvieron. James tomó uno de los rifles que había dejado llevar á Bavadjí, á fin de tener el brazo más ligero y más seguro en el momento supremo.

Sin más palabras, deteniendo el paso, llegaron los tres al block y se arrodillaron. Una maleza fina los cubría y bastaba á hacerlos invisibles; pero adelantando el rostro se podían advertir los menores detalles del claro, apenas cubierto de plantas bajas é iluminado todo.

Suavemente, Mac Carthy se inclinó por encima de la piedra y acercó la frente á la maleza.

## III

Se llenó su alma de indecible horror.

En medio del claro, á diez metros, á la entrada de un cubil formado por dos blocks superpuestos, perfilaba la forma de la fiera soberana, de la colosal tigre acurrucada.

Entre sus garras monstruosas yacía el labrador Shandranahur. No estaba muerto, ni aun herido, ó al menos gravemente. La penetrante mirada del irlandés veía que sus párpados se abrían y se cerraban á intervalos bastante largos, y que su pecho palpitaba como pecho de gorrión cogido en una trampa. La tigre le fijaba de una manera indolente, con las pupilas medio encogidas, como una gata fija un ratón; y como una gata, hubo un momento en que soltó su presa y se tendió en posición de negligencia, de falso descuido, de gracia que duerme.

El irlandés, con el rifle al hombro, no se atrevió á tirar; una revolución de cólera, de piedad, de dolor, hacían que su mano estuviera mal segura.

Transcurrieron dos espantosos minutos. Después lentamente, muy lentamente, Shandranahur se movió, extendió las manos, se enderezó sobre los codos. La luna iluminó en pleno su rostro torcido por la mueca de un terror inmenso. El toque de la Muerte había puesto rígida su boca, y llenado de estupor y agrandado desmesuradamente sus pupilas.

Volvió la cabeza hacia la tigre. Parecía ella

mirar á otra parte, como si tuviera una indiferencia absoluta para su presa, adormecida. Entonces Shandranahur, arrastrándose y describiendo una curva lenta, logró franquear unos dos metros. Mac Carthy miraba acercarse el rostro lívido del infeliz y de nuevo apuntó; por desgracia, un movimiento de Shandranahur imposibilitó toda intervención: su cabeza se interponía en la línea de tiro.

—“Dam it all!” murmuró James.

Sin embargo, alentado por la persistente indiferencia de la Devoradora de hombres, el labrador se arrastraba más aprisa. Una desgarradora esperanza alumbró sus pupilas; pero para desaparecer en seguida: oyó que la fiera se movía. Bruscamente recobró su empuje y rebotó. El hombre se dejó caer en tierra, cataléptico, de nuevo entre las patas gigantes, frente á frente de las uñas pálidas y de los grandes ojos terribles.

—¡Juega con él! murmuró Djuna que se había unido á Mac Carthy.

—Sí, agregó éste; juega con él esa condenada fiera.

Las tinieblas habían entrado en su alma. Vió crecer, en apoteosis lúgubre, á la fiera que, todavía en nuestro tiempo, domina en el antiguo Indostán y que más que á devorar á los hombres, se atreve á divertirse con ellos.

En medio del espanto del momento entrevió, por algunas fuerzas sutilmente desalojadas, por un poco más de astucia unida á la terrorífica velocidad y á la musculatura de los tigres, por una nada de espíritu de asociación, que todavía era posible el reinado del felino. A la vez subió en él un espíritu de venganza, un violento deseo de abatir á la Devoradora de hombres, sin matarla, de atormentarla y de insultarla, de hacerle sufrir la supremacía del sér que tornaba en su presa desde seis años: ¡Calma!

Por grados consiguió que su corazón latiera menos aprisa, que la cólera cesara de enmarañar sus pupilas.

Entre tanto, la tigre, con movimientos ligeros y rápidos volvía y revolvía á Shandranaur, gustando ásperamente del goce de dominio y de poder. El infeliz, encogido, semejava á algún ínfimo herbívoro caído sin defensa en poder de la reina de los juncales y de las selvas, que, ahita, quiso recobrar su juego supremo: retrocedió sin premura, frente de voluptuosidad, impresos en todos sus movimientos el desafío de los fuertes á los débiles, símbolo brutal, ligero, elegante del combate por la vida.

Cuando estuvo á dos yardas, se quedó inmóvil, y entrecerró sus párpados. Expresaba la perfecta certidumbre, la voluptuosidad de ese banquete de carne viva, que bien pronto resolvería darse ella, la siniestra magnificencia del músculo triunfador.

Empero el vencido no renunció á la esperanza. El instinto de vivir palpitó invenciblemente en el fondo de su pupila y dominó la convicción de que sería inútil todo esfuerzo. Después de un instante de incertidumbre, y absolutamente, como la primera vez, se enderezó y comenzó nuevamente su fuga de arrastre, calvario de angustia, de espanto y de humilde energía.

Mac Carthy había reconquistado ahora su entera sangre fría. Dejó que Shandranahur se apartara de la línea de tiro y permaneció vacilante un segundo entre la prudencia que le ordenaba herir en el corazón y el punzante deseo de castigar á la fiera. . . .

Sonó la detonación. En medio de la nube de humo se percibió la silueta de Shandranahur que se ponía en pie y la tigre que aullaba, rota una pata, y levantándose con estupor.

—¡Valor! gritó el irlandés, que estaba más allá del block de abrigo.

Shandranahur corrió: la tigre dió un salto corto y rápido; pero no tuvo tiempo de dar otro: una bala de James le rompió otra pata. Derriba-



da, impotente, bramando horriblemente, enseñando sus anchas garras, fingía un horrible emblema de la fuerza.

Shandranahur, refugiado tras del vencedor, perdió, por el excesivo goce de la vuelta á la vida, el uso de sus músculos, y sostenido por Djuna, estupefacto se apoyó en el block de piedra.

Mac Carthy tomó de manos de Bavadjí su segundo rifle y fué en tres pasos sobre el animal.

Intentó la tigre levantarse, ó al menos arrastrarse hacia el europeo y empujó su cabeza monstruosa, sus mandíbulas devoradoras de carne humana, aquellas mandíbulas en que tantas vértebras fueron machacadas y confundidas tantas existencias; pero cayó sin fuerzas: James hubo de contemplarla con satisfacción vengadora y cruel, decíase que ya comprendía ella el poder del hombre; que no osaría si quedaba libre, apoderarse de su presa en las aldeas, ó que de matar lo haría apresurada y con susto, como se mata á un enemigo peligroso.

—¿No la matas, señor? preguntó Bavadjí.

—No, la llevaré prisionera.... ¿Estás herido Shandranahur?

—No, señor; sólo un poco débil.

Y vino á arrodillarse ante el europeo y le besó la mano con humildad. Gratitude y admiración infinitas brillaban en sus grandes ojos negros.

—Bueno.... bueno, dijo James con ternura.

¿Temas quedarte conmigo mientras Djuna y Bavadjí van á traer cuerdas, lienzo, parihuela y cargadores?

—Ah! señor.... me siento más seguro junto de tí que tras de una triple muralla de bronce.

—En ese caso, Bavadjí, puedes irte.... ¿Está en buen estado tu rifle?... ¿Sí?... Bien..... Vete.

Bajo el cielo tan puro, la noche refrescaba. El firmamento bebía el calor: la llanura debía estar glacial; pero, al menos, se difundía una tibieza encantadora, una atmósfera de ensueño, ligeramente pesada por la espiración carbónica de los árboles.

Caía la luz como nieve de átomos.

Estrellas muy pálidas, como que se ahogaban en el zenit profundo, en los lagos imponderables de la Vía Lactea.

Mac Carthy se sentó sobre una gruesa raíz de árbol y contempló á la tigre herida: tuvo, en momentos, piedad, calosfríos de misericordia que sugirió el esplendor nocturno; pero al voltear el rostro y ver á Shandranahur pálido todavía y temblar á cada bramido de la tigre, resurgía su cólera más fuerte, semejante al odio contra un sacrilegio.

#### IV

Cuatro horas más tarde la fiera era ya cautiva. Su cuerpo entero estaba amarrado.

Una red de bambús la encerraba en una especie de jaula muy baja.

Las gentes de Nardonarés se apretaban en torno de la tigre, que aun parecía formidable, con grandeza de deidad soberana, de deidad semejante á las fuerzas mortíferas, á las siniestras potencias de enfermedad y de muerte que han servido para que la India haga innumerables Entelequias.

Unos á otros se alentaban, se tranquilizaban, sobre todo, con la presencia del europeo, y en el momento en que los cazadores se aprontaban á alzar al monstruo, un viejo se acercó, y dijo:

—Ya estás reducida á la impotencia, Devoradora de hombres; ya estás dominada y cautiva.... ¡Un hombre te venció! Ahora conocerás la supremacía de nuestra raza: bramarás tras de las barras de una jaula y los chiquillos irán á reirse de tu furor! Verás ciudad tras de ciudad, y desde lo alto de los carros, pasar el juncal y la selva de cuyas delicias nunca ya disfrutarás!... Tu vida será una humillación profunda, porque profanaste la nobleza de nuestros hermanos, y porque gozaste con sus angustias!...

La fiera gimíó debilitada por el sufrimiento; y en su sustancia obscura y en su cerebro estrecho y feroz, creyeron los hindus que aceptaba ella la supremacía del hombre.

J. H. ROSNY.

## UNA POESIA RUSA.

Empezaba Mayo cuando cayó rota la invernal vestidura de Moscou, y cada jirón de ella deshaciase en lluvia brillante que fecundaba la tierra hasta entonces como petrificada; y era de ver la colosal cúpula del Salvador, donde se quebraban refulgiendo maravillosamente los rayos de un sol primaveral, y cómo en los árboles, que resucitaban á la vida, asomaban, rompiendo la dura corteza, esos verdes y menudísimos brotes que son promesa de floridos ramajes.

Ya el veloz trineo no corría las calles. Sin los pesados abrigos de terciopelo y pieles, se advertía mejor la esbeltez de las damas; y en los mercados donde se agrupaba la gente del pueblo con aire de fiesta, y trajes de chillones percales las mujeres, y con la blusa roja del "mugik" los hombres y los chicos, en los mercados habían ya desaparecido las burdas y altísimas botas de paño impermeable, las apenas curtidas pieles de carnero, los recios muletos oscuros, y los sacos llenos de pluma con los que se cubren en el duro lecho, ó al acostarse en la "pieska" (que es una enorme estufa), sobre la cual duermen las pobres gentes de Rusia. En los tabladillos que sostuvieron durante la cruda estación las tarteras donde un negruzco pringue se veía (cuando la mano del comprador levantaba las acolchadas tapaderas) pescados de imposible clasificación, con las cabezas rellenas de cebolla picada y pimienta en grano, y los ahumados arenques, extendidos sobre rebanadas de pan negro, que tenían el aire de viejos cascotes dorados sobre escombros perdidos, veíanse en Mayo, muy colocaditas sobre papeles, sargas de rosquillas amasadas no

sé con qué, "barnizadas" con clara de huevo, y "adornadas" con el menudo grano de la adormidera que se pega á ellas dibujando en su brillante superficie manchas como la viruela maligna....

En anchos barriles veíanse nadar los pepinos en espesa salmuera, los pepinos que son la delicia del pueblo ruso, y que lo mismo en la cabaña que en la mesa señorial, son servidos y se comen con gusto; y más allá apiñábanse, sobre mesillas desvencijadas, frutas secas, que acaso en siglos anteriores fueron cogidas, y que, como reliquia, el vendedor judío guarda de año en año, con la dulce esperanza de engañar al pobre diablo que compra por un par de kopekar aquella negruzca é incalificable mercancía....

Como la nieve no empañaba los cristales de los escaparates, en todos ellos amontonábanse en llamativa confusión el percal de mil flores, los bordados de colorines, los pañuelos de seda asiática, y pudorosamente colocado entre chambras vistosas algún corsé muy respuntado y acabadito, que es la tentación de la presumida maritornes, y que es su martirio desde el momento que somete sus recias costillas á la presión de los hierros y ballenas del corsé á la moda.

En esos días, esperados con ansia, después de "cinco meses" de no ver en los horizontes más que la blancura de la nieve confundida á lo lejos con la línea gris de los celajes, la Naturaleza ofrece uno de sus más grandiosos espectáculos á sus adoradores. El río Moskowa, helado durante el invierno—y por el cual cruzan los patinadores, que, como jóvenes que son, gustan de diver-

tirse sobre el abismo—apenas calienta el sol, la capa de nieve que lo cubre como si fuera de polvo de mármol, derrítese, y se ve tersa y reluciente su ancha superficie formada por un enorme cristal de hielo que á veces tiene un metro de espesor. A esa primera señal del deshielo, toda la ciudad espera recrearse viendo de nuevo el agua del Moskowa removida y espumeante al paso de los buques, y al fin un día el hielo se agrieta, desgárrase con formidable estruendo, y en lenta onda al principio, y luego con el ímpetu de una sobrehumana pasión contenida, el agua corre rugiendo, se arremolina, estrecha y destroza el nevado témpano que semeja corderillo exánime, y sube, y sube, arrastrando en su encrespado oleaje ramas, troncos de árboles, el plateado pez que quedó muerto entre los hielos, la golondrina que perdido el rumbo cayó al río cuando el agua lo cristalizaba, y se desborda por las pobladas orillas, salpicando los muros, arrancando los árboles, coronando sus espumas con los rojizos resplandores del sol que brilla en las revueltas ondas con fosforescencias fantásticas, y ávida de movimiento y de ilimitada extensión, no para el agua su loca carrera, y busca el Oca, y unida con él, sigue hasta el Volga caudaloso, y el Volga la lleva hasta el mar Caspio....

Por aquellos días diéronme á conocer una poesía rusa, breve, extraña y eufónica, hasta el punto de que, aun no conociendo el idioma en que estaba escrita, recreaba con su armónica resonancia el oído; modelo de esas poesías que sólo los poetas del Norte pueden sentir

y expresar sencillamente, y que son como silvestres flores, con algo de siniestra negrura en su cáliz.

Héla aquí:

"La selva verdegueaba en el llano, y en sus pinos de ramas oscuras, festoneadas de más claro color, la luz de la aurora dejaba luminosos puntos, y en sus nidos recién hechos, las enamoradas parejas de golondrinas cantaban, presintiendo la nueva nidada que dentro de poco tendrían que alimentarse....

"Y en el recodo más hermoso de la selva, donde había más flores olorosas y los ruiseñores cantaban mejor, y el cielo, á través de los pinos seculares, se vislumbraba azul; allí donde más espléndida y tranquila se ofrecía á los ojos la Naturaleza en calma, allí, colgado de un árbol y balanceado ligeramente por la brisa primaveral, se veía el cadáver de un hombre...."

Confieso que tuve mucho tiempo delante de mí la silueta de aquel ahorcado en medio de la selva llena de vida, y á veces, al pasar por esos pinares, que son el mayor encanto de Rusia, temo hallar pendiente de un árbol un hombre muerto, que quizás ha sufrido sin ser consolado y que ni aun tiene tumba donde reposar....

"Brantkow," el autor de esa poesía, que traducida pierde su encanto mayor, la forma, ha escrito otras muchas que el público no conocerá nunca. "Brantkow" vive solo, aislado; aborrece la publicidad y rechaza la gloria; porque el drama de su juventud es de aquellos que la sociedad crítica despiadadamente y no olvida por el gusto de reírse al recordarlo....

SOFIA CASANOVA.